MICROHISTORIA
Una lectura en clave historiográfica a partir de *El queso y los gusanos*

Matías Maggio Ramírez
Universidad Nacional de Tres de Febrero (Argentina)

También Domenico Scandella, el Menocchio, era a su modo un poeta.
Cabe que sus hipótesis cosmogónicas fueran “dislates”,
como le decía algún que otro paisano suyo, pero ciertamente no más que otras,
registradas con marca metafísica o científica de garantía.
A diferencia de su perseguidor Odorico, rijoso párroco custodio de la ortodoxia e insidioso con su hija,
Menocchio conocía el amor, el amor hacia los hijos, eje de su existencia, y hacia su mujer.
“Era mi gobierno”, dijo desesperado cuando ella murió.
Palabras que merecen entrar en una antología poética del amor conyugal y de la vida compartida
Microcosmos, Claudio Magris

Introducción

A principios de la década del noventa, Aníbal Ford incluyó entre la bibliografía obligatoria de su asignatura en la carrera de Comunicación Social de la UBA un texto de Carlo Ginzburg que marcó a fuego a los estudiantes interesados en la cultura popular. Las lecturas heterogéneas de Ford se daban cita en el particular recorrido programático que desconcertaba a simple vista a los estudiantes, pero una vez leídos con minuciosidad se encontraba el hilo que los unía. El artículo “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales” fue leído con furor tanto como modelo de investigación futura, pero también para fines más pedestres, como caso para analizar la tensión entre las racionalidades ligadas a la oralidad y a la escritura que fue el eje durante varios años de la asignatura Comunicación II. Las ciencias sociales se mantuvieron al margen de las discusiones con sede historiográfica sobre la apuesta metodológica de Ginzburg con *El queso y los gusanos*. Ford, a sabiendas de las lecturas de sus alumnos, temía que saliéramos a buscar nuestro Menocchio a finales del siglo XX por lo que invitaba a leer el libro completo y no solo quedarnos con el prefacio combativo. Aquí se intentará reponer el texto de Ginzburg, pero insertándolo en el contexto historiográfico de su producción para dar cuenta de su excepcionalidad tanto en su metodología como en su escritura.

El libro

En 1997 cuando Claudio Magris publicó *Microcosmos* bajo el sello Garzanti, tras su paso por Einaudi, no necesitó mayores referencias para anudar un territorio como Montereale Valcellina al nombre de Menocchio. Tras escarbar en el Archivo de la Curia Arzobispal de Udine, el historiador Carlo Ginzburg recuperó el proceso inquisitorial que se llevó a cabo contra el molinero friulano Domenico Scandella, llamado Menocchio, vecino de Montereale en 1583. La publicación de su investigación en 1976 bajo el título *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI* no solo fue innovadora en el ámbito historiográfico, sino que gozó de fama lejos de las fronteras académicas. El hereje molinero, que en sus últimos días fue entre

tantos oficios maestro de ábaco y escritura así como guitarrista en fiestas, sería considerado poeta, héroe y símbolo del poblado. Aldo Colonnello, maestro de primaria en Montereale, fundó un círculo cultural para ancianos llamado Centro Menocchio donde colecciona las traducciones de la obra en la que Ginzburg rescató del silencio de los archivos la locuacidad de un viejo vecino cuyo apelativo devino inscripción en camisetas y carteles (Pallarés-Burke, 2005: 223-254).

El párroco, Odorico Vorai, fue quien de forma anónima delató ante el Santo Oficio al molinero que gustaba de proferir sus opiniones a viva voz ante quien quisiera escucharle. Instigado por Ottavio Montereale, miembro de la familia señorial del pueblo, Vorai encontraba así la manera de saldar cierta enemistad con Scandella que durante cuatro años se confesó fuera del pueblo.

El excepcional proceso que se llevó a cabo a partir de la denuncia del 28 de septiembre de 1583 se sostenía no solo en que el molinero había pronunciado palabras “heréticas e impías” sobre Cristo, sino que “había intentado expresamente difundir sus opiniones, argumentándolas”. Uno de sus paisanos, Francesco Fasseta, declaró ante el Vicario General que Menocchio “siempre está llevando la contra en cosas de la fe, por discutir, y también con el párroco”. Domenico Melchiori también manifestó que “suele discutir con unos y con otros, y como quería discutir conmigo yo le dije: “Yo soy zapatero y tu molinero, y tú no eres docto ¿a qué disputar sobre esto?”. Pronto encontraría Menocchio alguien con quien discutir, aunque no en las mejores condiciones para la polémica.

Menocchio se presentó voluntariamente ante sus inquisidores, vestía las prendas típicas de su oficio: bata, capa y gorro de lana blanca. Fue arrestado y llevado a la cárcel del Santo Oficio en Concordia. Durante la fase de instrucción del proceso el vicario preguntó si Menocchio hablaba en serio o en burla para saber si realmente estaba mentalmente sano. Las respuestas que recibió confirmaron sus sospechas, el molinero hablaba en serio y no estaba loco. Ziannuto, hijo de Menocchio, comenzó a difundir el rumor de que estaba “loco” o “poseso”. El vicario no lo creyó y siguió adelante con el proceso.

Ante la batería de preguntas y sus inesperadas respuestas, el notario inquisitorial no salía de su asombro. Al escuchar la seguridad con que Scandella daba cuenta de la cosmogonía que sostenía, los inquisidores llevaron un interrogatorio de lo más detallado. Ginzburg sostiene que no era más que una prueba de la curiosidad que les despertaba las opiniones de Menocchio al ver la minuciosidad en las preguntas. Así fue que se supo sobre sus creencias al sostener que al principio todo fue un caos, “... y de aquel volumen poco a poco formó una masa, como se hace el queso con la leche, y en él se formaron gusanos, y estos fueron ángeles; y la santísima majestad quiso que aquello fuese Dios y los ángeles; y entre aquel número de ángeles también estaba Dios creado también él de aquella masa y al mismo tiempo”. La cosmología no era solo propiedad de los clérigos, sino también de las clases subalternas cuyo saber se tejía junto al fuego, en narraciones que daban sentido al mundo y que, transmitidas de boca en boca, serían el tamiz de varias de las lecturas de Scandella.

Entre las largas jornadas que duró el juicio, Menocchio aprovechó para cuestionar no solo a la iglesia católica, sino también la virginidad de María en más de una oportunidad así como negó

el purgatorio y las misas para los difuntos. La suerte del molinero parecía echada.

Al desenmarañar las fuentes del interrogatorio, Ginzburg desecha la primera hipótesis en la que se vincularía a Menocchio con los anabaptistas en tanto que también criticaban la divinidad de Cristo y el poder de la iglesia. El camino que tomó luego fue un poco más sinuoso, pero resultó ser el indicado al encontrar que cuando las preguntas apuntaban a que Scandella revelara el nombre de sus compañeros, la respuesta derivaba en la cita de un libro. Menocchio ponía de relieve frente a los jueces que en la soledad propia de la lectura había elucubrado la historia que tejió frente al tribunal, no tenía cómplices ni nadie le había enseñado las palabras que profería. Al igual que sus inquisidores su saber provenía de la cultura escrita, ese era su orgullo. Entre los libros que se mencionan en las actas del juicio aparecen la *Biblia* en lengua vulgar, *El Florilegio de la Biblia*, *Historia del Giudicio*, *Il cavallier Zuanne de Mandavilla*, “un libro que se llama Zampollo” y que solo la erudición de Ginzburg pudo atribuir con exactitud en *Il Sogno dil Caravia,* entre otros pocos libros. Solo se sabe que compró en Venecia por dos sueldos *El Florilegio.* El *Supplementum*, de Foresti, se lo regaló Tomás Mero de Malmins, el resto de los libros se los habían prestado como el *Decamerón* y los *Viajes*, de Mandeville. No fue sorprendente para el historiador formado bajo la égida de Delio Cantimori autor de *Eretici Italiani del Cinquecento*, encontrar que en aquella pequeña aldea se leyera tanto sino que el aislamiento de Menocchio frente a los libros no era tal. Ginzburg demuestra que los textos eran interpretados por Scandella a través de la tradición oral campesina, “intolerante ante dogmas y creencias, vinculada a los ritmos de la naturaleza, y fundamentalmente precristiana”. El caso excepcional-normal, para usar palabras de Edoardo Grendi, de Menocchio le permite pensar a Ginzburg cómo su “actitud libre y agresiva, decidida a ajustar cuentas con la cultura de las clases dominantes [... al sentir] la necesidad de apropiarse del patrimonio intelectual de sus adversarios, los inquisidores” desde su horizonte de lecturas propias de la tradición oral.

La narración de la historia de Menocchio continúa tal como se supone a esta altura, no sin una pequeña sorpresa cerca del final. Scandella intuía su futuro, aunque pedía perdón ante sus inquisidores sin “… renegar de nada”. Los jueces dictamirán hallándolo “... culpable de un crimen herético múltiple y casi inaudito” al intentar convencer de sus opiniones “no solo [a] religiosos, sino también [a] gentes sencillas e ignorantes” poniendo en peligro su fe. Durante casi dos años Menocchio estuvo encerrado en la cárcel de Concordia, su hijo Ziannuto presentó una súplica en 1586 ya que su padre llevaba una vida piadosa por lo que se le conmutó la pena. De estar emparedado entre dos muros por el resto de su vida, según rezaba la sentencia, tuvo como cárcel perpetua la villa de Montereale. Si Scandella no cumplía con su condena y decidía partir más allá de los límites de su pueblo, su amigo Daniel de Biasio comprometido como garante habría de pagar 200 ducados. La vuelta no sería sencilla para alguien con la locuacidad de Menocchio ya que se le prohibía hablar o hacer mención de sus ideas, “debía confesarse periódicamente y llevar sobre sus ropas el “hábito” con la cruz, símbolo de su infamia”.

La vida de Scandella ya no volvió a su cauce. Repudiado por el resto de sus hijos, sobrellevó la muerte de su mujer y de su hijo Ziannuto. Tuvo varios oficios, desde segador, maestro de

ábaco y primeras letras, guitarrista en fiestas por fuera del poblado —gracias a una excepción que lo liberaba de los límites de Montereale aunque tuviera que seguir usando el “hábito” con la cruz como marca de su pasado—. A pesar de su estancia en la oscura cárcel de Concordia, Menocchio volvió a compartir su particular visión del universo y creencias por lo que tras quince años del primer proceso sería nuevamente interrogado por el Santo Oficio. El 14 de agosto de 1599 “… llegó otra carta del cardenal de Santa Severina [al inquisidor de Aquileia y Concordia]: “ese relapso […] en sus exámenes se descubre como ateo”, por lo que es necesario proceder “en los debidos términos de justicia y también para encontrar los cómplices. […] Al mes siguiente llegó a Roma la noticia de que Menocchio había sido condenado a muerte […] El jefe supremo del catolicismo, el papa Clemente VIII en persona, baja su mirada hacia Menocchio, convertido en miembro infecto del cuerpo de Cristo, y exigía su muerte. Por aquellos mismos meses finalizaba en Roma el proceso contra el exfraile: Giordano Bruno”.

El prefacio

Muchos historiadores no han advertido para nada
que su oficio ha cambiado;
otros piensan que basta con cambiar su objeto de estudio;
cuando de lo que en realidad se trata,
es de que ahora existen nuevos temas, nuevos métodos,
un nuevo estatuto de la prueba, y un nuevo público,
y todos ellos vinculados entre sí como un solo conjunto.
Carlo Ginzburg
(Barreira, 1999: 261-284)

“El prólogo podría titularse pararrayos” escribió en sus cuadernos de aforismos el escritor y científico alemán Georg Christoph Lischtenberg en el siglo XVIII. El prefacio que escribió Carlo Ginzburg a su obra pareciera estar escrito a la defensiva, si se cree que la mejor estrategia de defensa es el ataque. Las principales críticas que recibió la investigación sobre Menocchio se centraron en el particular y cinematográfico estilo narrativo, en el montaje de textos que en su descargo unos años después Ginzburg remitirá a la influencia de lecturas de Raymond Quenau, Italo Calvino (tras su paso por Oulipo, es decir, “**Ou**vroir de **li**ttérature **po**tentielle”, que se traduce como "Taller de literatura potencial"), Siegfried Kracauer y de Luigi Einaudi, padre de su primer editor, para justificar la elección de su estructura narrativa. El historiador catalán Josep Fontana fue lapidario, “... el libro donde Menocchio es el héroe no tiene sino un valor literario” (Barreira, 1999: 231-236). John H. Elliott criticó la atomización del pasado al llevar al centro de la historia fenómenos periféricos, tanto en la obra de Ginzburg como en la de Natalie Zemon Davis. Sir Elliott afirmó que algo funciona mal cuando que el nombre de Martin Guerre es tanto o más conocido que el de Martin Lutero (Pallarés-Burke, 2005: 223-254), y Lawrence Stone, según Hobsbawm (1998: 190), temió un “... renacer de la ‘historia narrativa’ porque ha habido un declive de la historia dedicada a hacer ‘las grandes preguntas sobre el porqué’, la ‘historia científica’ generalizadora”.

El prefacio de *El queso y los gusanos* gozó de tanta fama que eclipsó la investigación de Ginzburg ya que fue leído a la manera de programa instruccional para recuperar las voces, al menos un fragmento, de las clases subalternas opacadas en la fuente escrita. En el prefacio se discute explícitamente con Michel de Certeau, Michel Foucault, Robert Mandrou, Francois Furet, Jacques Le Goff y Lucien Febvre, entre otros autores principalmente franceses, sobre la posibilidad de dar cuenta de las clases subalternas y los métodos, como caminos para llegar a ellas. Allí se hará especial hincapié en sostener la posibilidad de conocimiento a través de un fragmento, de una vida que en su excepcionalidad condense indicios de la normalidad (3) siempre que se tengan en cuenta las mediaciones propias de las fuentes escriturarias que son doblemente indirectas. “Aunque la documentación —sostendrá Ginzburg— sea exigua, dispersa y difícil, puede aprovecharse”. Primero, en la mediación en tanto pasaje de la oralidad, propia de las culturas populares, a la escritura se fosilizan las palabras, se engarzan en una gramática que le es ajena, la línea recta de la racionalidad escrituraria se sobrepone a la línea curva de la oralidad, a sus repeticiones así como a los gestos de un cuerpo que es soporte de una voz (4). La segunda mediación de la fuente escrituraria es que las palabras fueron puestas en el papel por “... individuos vinculados más o menos abiertamente a la cultura dominante”, dirá Ginzburg. Aquí Menocchio nuevamente será un caso inusual, sabe escribir y presenta al tribunal un texto pidiendo clemencia. Ante la pregunta sobre si se puede estudiar la cultura popular más allá del gesto que la suprime, esgrimida por De Certeau y su equipo, el historiador italiano sostendrá que es preferible adentrarse en la fuente, escribir sobre ella, dar cuenta de las mediaciones que sucumbir al *irracionalismo estetizante*, que se interesa más por los gestos de la exclusión que por los excluidos como una forma de evitar el análisis y la interpretación. El ejemplo emblemático es Michel Foucault al enfrentarse en las actas del caso policial de Pierre Rivière que mató a su madre, a una hermana y a un hermano. Al matricida se le excluye la posibilidad de ser leído por fuera de la confesión escrita en el presidio, por negarse el investigador a interpretar el texto, a reponer el contexto y problematizarlo. Se clausura toda indagación “... porque ello equivaldría a forzarlo [al texto], reduciéndolo a una “razón” ajena”.
También cuestionará Ginzburg la historia de las mentalidades, expuesta por Jacques Le Goff en el tercer volumen de la serie *Hacer la historia* editada en francés por Gallimard, en 1974, y por Laia al castellano en 1980, como método de acercamiento a las clases subalternas en la historia. En el texto Le Goff piensa la historia de las mentalidades como una estructura, como un *bajo continuo*, como “... [un] lugar de encuentro de exigencias opuestas que la dinámica propia de la investigación histórica actual fuerza al diálogo. Se sitúa en el punto de conjunción de lo individual con lo colectivo, del tiempo largo y de lo cotidiano, de lo inconsciente y lo intencional, de lo estructural y lo coyuntural, de lo marginal y lo general. El nivel de la historia de las mentalidades es el de lo cotidiano y de lo automático, lo que escapa a los sujetos individuales de la historia porque es revelador del contenido impersonal del pensamiento, es lo que César y el último de sus soldados”. La visión interclasista de la historia de las mentalidades deja de lado la posibilidad de pensar en el caso de Menocchio la circularidad bajtiniana de saberes entre la cultura dominante y la subalternas, así como también deja de lado “el

acentuado componente racional (no necesariamente indentificable con nuestra racionalidad) de su visión del mundo", según Ginzburg.

Años después Roger Chartier (2002), en su artículo "Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas", sostendrá que "... [está] claro que la historia de las mentalidades, considerada una parte de la historia sociocultural, y teniendo por objeto lo colectivo, lo automático, lo repetitivo, puede y debe reducirse a números […]. Cuando en la década de 1960 emerge la historia cultural como el campo más frecuentado e innovador de la historia, lo hace retomando las problemáticas y las metodologías que aseguraron el éxito de la historia socioeconómica. […] De esta primacía acordada a la serie, y por lo tanto a la colección y al tratamiento de datos homogéneos, repetidos y comparables a intervalos regulares, se derivan varias repercusiones y, en primer lugar, el privilegio dado a conjuntos documentales masivos, muy representativos socialmente autorizando para largos períodos de tiempo el desglose de datos múltiples". Las referencias a la hegemonía de la historia serial hacen necesario un repaso al estado de la cuestión historiográfica al que se opone la práctica de la microhistoria italiana.

Jacques Revel (2005), en su artículo "Microanálisis y construcción de lo social" repone el contexto historiográfico que critica Ginzburg en su prefacio e inserta *El queso y los gusanos* dentro del espacio común de la microhistoria italiana. Revel deja en claro que no se puede hablar sobre la microhistoria como si fuera una escuela o una disciplina autónoma, ya que en rigor es una experiencia de investigación (5) que no cuenta con un texto ni con un estatuto fundador. Es un territorio donde confluyen una gama muy amplia de lecturas e indagaciones, pero con formulaciones comunes que se encarnaron en la revista *Quaderni Storici* y, a partir de 1980, en la colección que dirigieron Carlo Ginzburg y Giovanni Levi en la editorial Einaudi con el título *Microstorie* (6). Giovanni Levi indicó los puntos en común en el oficio con sus colegas Ramella, Merzario, Ginzburg y Grendi como "la reducción de la escala de observación, un análisis microscópico y en un estudio intensivo del material documental". Un claro ejemplo sobre la imposibilidad de hablar de una escuela de microhistoria se encuentra en las diferencias antagónicas que tendrán Levi y Ginzburg en sus trabajos más conocidos como *La herencia inmaterial* y *El queso y los gusano*s. Mientras en el primero habrá una preeminencia de las relaciones sociales y sus interrelaciones, en el segundo la problemática cultural será central (7). Levi (1998) en una entrevista será aún más claro sobre las distancias entre ellos al sostener que "[h]ay diferencias también de sensibilidad que se manifiestan continuamente en nuestro trabajo. Para mí es un error lo que hizo Ginzburg en *El queso y los gusanos*, ya que si bien es un libro bellísimo y muy bien escrito, es también demasiado individualista: Ginzburg no buscó la relación que existía entre su personaje principal y, por ejemplo, su familia. Menocchio, ese personaje, era un herético, pero habría que preguntarse qué decía su entorno sobre esto, así como si la pasión que tenía por los libros era algo compartido también con otros. Es por ello que pienso que esta obra es en el fondo producto de su simpatía por un personaje secundario".

En el artículo "La latitud, los esclavos, la Biblia: Un experimento de microhistoria", Ginzburg (2003) se propone "… mostrar que, al restringir el ámbito de la investigación, o sea conociendo

menos, es posible comprender algo diferente y oculto: y por lo tanto, en cierto sentido, es posible comprender más. Este procedimiento puede ser definido como ‘miscrohistórica’, pero las etiquetas tienen poca importancia”. Su opción por la mirada a ras del suelo, centrada en el detalle proviene, en la propia genealogía de lecturas e influencias trazada por Ginzburg, del descubrimiento en la década del sesenta del Warburg Institute gracias a Delio Cantimori (8). En el prefacio de *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia* da cuenta de su ajuste de cuentas con el Instituto no solo al pensar las imágenes como fuente histórica sino también la “… perduración de formas y fórmulas más allá del contexto en el cual habían nacido”, que por cierto las encontraría en la voz de Menocchio allí donde los ecos del pasado de una antigua tradición oral se hacían presentes a la hora de interpretar el impreso. Ginzburg sostendrá que “… para demostrar la pertinencia de fenómenos en apariencia menores era indispensable recurrir a instrumentos de observación y a escalas de investigación diferentes de las habituales. De una reflexión sobre el análisis desde muy corta distancia, de tipo microscópico, nació *Indicios*”. El artículo que publicó con el título “Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales”, en 1979, tuvo más de veinte traducciones se centró en la confluencia de tres miradas a principios del siglo XX, provenientes de quienes estudiaron medicina, hacia lo minúsculo. El crítico de arte Giovanni Morelli al encontrar en las pinturas para lograr una correcta atribución de la autoría detalles poco importantes que los artistas representaban casi automáticamente, como el lóbulo de la oreja para dar con el creador de la obra. Arthur Connan Doyle con la invención de su detective Sherlock Holmes que de datos minúsculos, como restos de una marca de tabaco particular, resolvía un crimen, y, por último, Sigmund Freud que hizo del signo hecho carne el síntoma para escarbar el inconsciente. El método indiciario tendría sus fuentes en un pasado remoto en donde el cazador se sirve de indicios para atrapar a su presa, en lo que Ginzburg otra vez recorrerá la pervivencia de saberes tal como lo hizo con las lecturas de Menocchio. Al final de su artículo sostendrá: “Esta ‘intuición baja’ radica en los sentidos […]. Está difuminada por todo el mundo, sin límites geográficos, históricos, étnicos, sexuales o de clase, y, en consecuencia, se halla muy lejos de cualquier forma de conocimiento superior, que es el privilegio de pocos elegidos. Es patrimonio de los bengalíes a quienes sir Williams Herschel expropiara su saber, de los cazadores, de los marinos, de las mujeres. Vincula estrechamente al animal hombre con las demás especies animales”. El método indiciario será para Giovanni Levi (1998) un mero artificio retórico, al considerarlo “... una mentira pura, es un astuto juego de palabras inventado por Ginzburg que no dice nada, pese a que utiliza una forma muy eficaz desde el punto de vista comunicativo”. Crítica que volverá a poner la lupa sobre la escritura y el caso periférico vuelto central.

En el artículo “Microhistoria: dos o tres cosas que sé de ella” (Ginzburg, 2010: 351), que firmó el autor de *El queso y los gusanos* queda en claro que es un error tratar de circunscribir la microhistoria a una cuestión de reducción de escala, ya que si bien al hacerlo permite “… transformar en un libro lo que para otro estudioso, habría podido ser una simple nota al pie de página en una hipotética monografía sobre la Reforma protestante en el Friuli” deja de lado la marca de agua que tienen en común las investigaciones de microhistoria italiana “en la

insistencia del contexto”. Allí sostiene que uno de los puntos clave de la microhistoria es que la comparación se realiza a través de la anomalía, no de la analogía que sería seriable. Menocchio es anómalo, es un molinero pero expresa la cultura del campesinado. Allí critica el modelo macrohistórico y cuantitativo que dominó desde el trabajo de Braudel hasta los historiadores reunidos en *Annales,* donde la escena historiográfica tradicional desde los cincuenta hasta mediados de los setenta sostuvo su postura epistemológica que será criticada por Ginzburg porque seleccionan del “… objeto de conocimiento solo lo que es repetitivo, por lo tanto pasible de serialización [lo que] significa pagar un precio, en términos cognoscitivos muy elevados […] las ideas no se pueden serializar”. Jacques Revel, en sintonía con Ginzburg, sostendrá que “... la elección de la serie y el número requería la invención de fuentes adecuadas para pensar indicadores simples que permitían abstraer rasgos particulares cuyas variaciones en el tiempo debían estudiarse, como salarios y precios”. La microhistoria, surge entonces para Revel, como una respuesta en contra de una versión dominante de la historia social francesa que pensaba, tras la huella de Simiand y Labrousse, lo repetitivo y sus variaciones, las regularidades observables a partir de las cuales sería posible inducir leyes. En el prefacio a *El queso…* se critica la postura de Francois Furet cuando sostiene “... que la reintegración de las clases inferiores en la historia solo es posible bajo el epígrafe “del número y del anonimato”, a través de la demografía y la sociología, de “el estudio cuantitativo de la sociedad del pasado”. Con semejante aserto —concluirá Ginzburg— por parte de los historiadores, las clases inferiores quedarían condenadas al “silencio””. Entonces por qué Menocchio, y la respuesta es simple, por ser un caso límite y representativo, “[t]anto en sentido negativo —porque ayuda a precisar qué es lo que debe entenderse en una determinada situación, por “estadísticamente más frecuente”—, como en sentido positivo, al permitir circunscribir las posibilidades latentes de algo (la cultura popular) que se advierte solo a través de documentos fragmentarios y deformantes, procedentes en su mayoría de los “archivos de la represión””. Ginzburg, sostendrá entonces que “hipotetizando como la más rica la fuente más improbable”. Revel recordará el artículo de Edoardo Grendi de 1977 en donde observa que la historia social dominante, de raíz francesa, deja escapar todo lo concerniente a los comportamientos y a la experiencia social, a la constitución de identidades de grupo porque hace imposible la integración de datos más diversificados por lo que le opone el procedimiento de la antropología de Manchester donde la explicación se sustenta en la red de interacción, es decir, en contextos específicos. “La propuesta de Grendi —continúa Revel— que reencuentra aquí la reflexión inaugurada por el antropólogo Frederik Barth, sería la de construir modelos “generativos”: es decir, modelos que permitan integrar plenamente (y no más como excepciones o desviaciones) los itinerarios y las opciones individuales”. Ginzburg, mucho más ameno que su antiguo compañero en la dirección de colección de Einaudi, leerá a Levi desde esa óptica al indicar que demostró que cada configuración social es el resultado de la interacción de innumerables estrategias individuales en su clásico *La herencia inmaterial* que en la edición francesa contó con prólogo de Jacques Revel.

La escritura

Todavía la única materia que no se enseña en los departamentos universitarios de historia es la narrativa.
Quizás deberíamos entrenar a nuestros historiadores académicos,
no ya delante de una clase de licenciados que ya han alcanzado la respetabilidad profesional,
sino delante de una clase de octavo curso,
para quienes la importancia de la historia no se hará evidente por sí misma.
Simon Schama

La literatura no es ajena a la escritura de Carlo Ginzburg, ya que allí es donde la mayor parte de las críticas se dirigieron. La observación de Levi sobre la belleza de la escritura en *El queso y los gusanos* parece opacar el minucioso trabajo de rastreo de fuentes que está inscripto en las notas. La estructura narrativa, la escritura tersa que permite una lectura ágil no está reñida con la prueba documental y el estatuto de lo verdadero. Ginzburg tomó el guante de las críticas y al redactar aquello que sabe sobre la práctica de la microhistoria no solo volvió a la literatura desde Sthendal y Dostoyevski sino también a los movimientos de ruptura encarnados en el núcleo de *Oulipo* desde mediados de los años sesenta. Así como Georges Perec construyó su novela *La vida instrucciones de uso* como una sumatoria de fragmentos siempre móviles en la estructura de un edificio de departamentos, Raymond Queneau donde una historia trivial es contada de diferentes maneras o Italo Calvino en sus obras donde la mirada del narrador puede estar puesta en los ojos de los animales, serán casos que junto con la estructura del montaje cinematográfico operaran como herramientas en la construcción de la historia de Menocchio. Siempre es bueno volver a Marc Bloch tras leer a Levi y a los demás críticos que apuntan al peculiar modo de contar de Ginzburg que con justeza se ha hecho eco de la advertencia de Bloch. En su *Apología para la historia,* el autor de *Los reyes taumaturgos* escribe: “[c]uidémonos de no quitarle a nuestra ciencia su parte de poesía. Sobre todo cuidémonos, como he descubierto en el sentimiento de algunos, de sonrojarnos por su causa. Sería una increíble tontería creer que, por ejercer semejante atractivo sobre la sensibilidad, es menos capaz de satisfacer nuestra inteligencia”.

La escritura entonces para Ginzburg estará signada por la técnica del montaje cinematográfico, tal como lo denuncia en su artículo *“Microhistoria: ...”*: “... el parangón entre “microhistoria” y primer plano cinematográfico (*close-up*) (obvio viniendo del autor de *From Caligari to Hitler* y *Theory of film*) introduce nuevos elementos […] Según Kracauer la mejor solución es la que practica Marc Bloch en *La sociedad feudal,* un ir y venir continúo entre micro y macrohistoria, entre *close-ups* y vistas extensas o extensísimas de modo de poner continuamente en discusión la visión total del proceso histórico a través de excepciones aparentes y casos de corta duración […] la realidad es fundamentalmente discontinúa y heterogénea”. Tiempo después, en una entrevista publicada por el diario *La Nación* con motivo de su visita a Buenos Aires, descubrirá otra fuente de inspiración para su escritura de la historia ligada al ambiente cultural donde se formó, “[e]ncontré por primera vez la forma escueta de exposición escrita en un ensayo de Luigi Einaudi, el padre de Giulio, que también llegó a ser Presidente de Italia. Ese ensayo está construido como una serie de parágrafos numerados, como si fuera un montaje

cinematográfico, algo que me fascina. El montaje se acerca a lo que considero que son los estudios históricos: deja claro que nuestro conocimiento es fragmentario y que deriva de un proceso abierto". La escritura es también una puesta en escena de una forma de comprender la historia.

Conclusiones

Giovanni Levi (1999), al escribir sobre las diferentes prácticas escriturarias de la microhistoria italiana, la caracteriza a partir de la sumatoria de las particularidades que pueden hallarse en los trabajos de varios de sus colegas como "... la reducción de escala, el debate sobre la racionalidad, el pequeño indicio como paradigma científico, el papel de lo particular (sin oponerse, sin embargo, a lo social), la atención a la recepción y al relato, una definición específica de contexto y el rechazo del relativismo". La temporalidad sería también un eje particular en el trabajo de Ginzburg, ya que pareciera pensar en los tiempos de Braudel de la larga duración. En su búsqueda por reponer los desvíos de la letra impresa en las lecturas de Menocchio rastreó el tiempo largo de las culturas orales para encontrar como operaron en las clases populares a la hora de interpretar un escrito. La naturaleza y la cotidianidad de la existencia serían todavía en tiempos de la Reforma claves que sostendrían la interpretación del mundo.

La microhistoria no es una cuestión de escalas sino de la interrelación de estas, del texto que construye el historiador a partir de las miradas sobre el problema del que decide dar cuenta. También aquí Claudio Magris al iniciar su recorrido por el Danubio desde su improbable fuente en una canilla que gotea hasta el mar Negro a partir de detalles mínimos para contar la historia centroeuropea, termina su texto con un mapa político que tiene en su centro la quebrada e inquieta línea que representa al Danubio que cruza las no menos arbitrarias fronteras estatales en una Europa previa a la caída del muro de Berlín.

Menocchio deseaba ser escuchado. Carlo Ginzburg logró recuperar su voz. Aníbal Ford la escuchó para enseñarnos que podamos oír los argumentos de un molinero que creía que el cosmos surgió como la leche para preparar el queso invadido luego por gusanos angelicales, siempre que demos cuenta de las distintas mediaciones entre la oralidad, la escritura y el impreso.

Notas

(1) En 1575 se publicó en España el libro de Juan Huarte de San Juan *Examen de ingenios para las ciencias*, cuyo éxito fue tal que tuvo cinco ediciones en castellano antes del cambio de siglo para luego tener traducciones a diferentes lenguas europeas y, según Rafael Salillas, fue una gran influencia para Cervantes en sus aventuras del *Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha* en el cruce de la lectura, la locura y la melancolía. La teoría de los cuatro elementos y su correspondencia con los humores del cuerpo se encontraban en el núcleo duro de las teorías de Huarte que retoma el problema XXX de pseudo Aristóteles sobre la melancolía. Entre su sintomatología por la bilis negra inflamada se encuentra la locura. Huarte sostiene que hombres ignorantes y rústicos tras un acceso melancólico pueden hablar latín sin antes haberlo aprendido cuando estaban sanos. En procesos inquisitoriales, sostendrá Roger Bartra en su *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*, suelen comparecer médicos para dictaminar si

a quien se interroga sufre de melancolía o está poseso. Si bien la relación es apresurada, la jugada estratégica del hijo de Menocchio apuntaría, dicho aquí sin ninguna evidencia y solo hipotéticamente, a aunar lectura y melancolía como las causas por las que su padre decía tales palabras. La cura para la melancolía se encuentra principalmente en la dietética culinaria así también como el cambio de clima, del lugar de residencia, pero para las opiniones de un molinero en el siglo XVI, cuyas palabras no nacían de los vapores de la bilis negra en su cerebro, los inquisidores solo conocían el fuego.

(2) Claudio Magris sostendrá en *Microcosmos* casi como un eco de tal afirmación que "... Montereale es un centro de poetas, apartados y discretos, ocultos en su pequeño mundo, para quienes el friulano (o mejor, sus diversos dialectos, distintos de una valle a otro) no es una cuestión de color vernáculo sino una lengua que mana, arcaica y a la vez actual, colectiva y reinventada individualmente, que desciende a un fondo aluvional del ser y de la historia".

(3) Justo Serna y Anaclet Pons (Barreiro, 1999: 237-266) dan cuenta de la diferencia entre Edoardo Grendi y Carlo Ginzburg de los usos de lo excepcional-normal en el siguiente párrafo: "... [u]na cosa es la excepcionalidad normal en el sentido de Grendi, es decir, el documento no serializable pero significativo por revelador; otra cosa distinta es buscar un objeto de investigación que, con su condición extraña puedo descubrir en negativo o por fragmentos hechos o procesos históricos normales, colectivos y otros, finalmente, es el indicio como mecanismo de creación de un paradigma cognoscitivo, la huella escasa pero igualmente reveladora a la que hay que dar con audacia significado".

(4) Paul Zumthor encontró las huellas de la oralidad (en tanto abstracción de una voz) en textos medievales al prestar especial atención a los verbos: oír /recitar*,* también Margit Frenk no solo rastrea la lectura en voz alta en el Quijote, sino que busca las huellas de los verbos de decir, hablar, recitar, narrar para dar cuenta de un cuerpo que está ausente en la escritura. El texto canónico para estos temas es *Oralidad y escritura*, del jesuita Walter J. Ong al cruzar sus indagaciones sobre la antigüedad clásica con las investigaciones de Alexander Luria para poder sostener que las culturas populares orales no tiene capacidad de abstracción de conceptos como caballo y que solo será el caballo en particular aquel que pueden mencionar, al igual que Funes, el memorioso borgeano. Las culturas orales tienen según Ong una relación operacional-espacial-corporal a la hora de habitar el mundo que no puede ser traducido punto por punto en un texto escrito. La propuesta de Ginzburg entonces (2010: 351-394) puede leerse en la posibilidad de acceder a la cultura popular a través de las fuentes escritas teniendo en mente siempre que hay una primera mediación en la materialidad de la fuente, por lo que vale aquí la cita de Montaigne que transcribió en "Pruebas y posibilidades. Comentario al margen del libro *El regreso de Martín Guerre* de Natalie Zemon Davis": "... me gustan esas palabras que disminuyen y moderan la temeridad de nuestras proposiciones: Quizás, En cierto modo, Algunas veces, Se dice, Yo pienso, y otras semejantes".

(5) Giovanni Levi sostuvo en su artículo "Sobre microhistoria", que se publicó en inglés en 1991, que "... en esencia [es] una práctica historiográfica, mientras que sus referencias teóricas son múltiples y, en cierto sentido, eclécticas". Levi situará el período de aparición en la década de 1970 "a partir de un debate político y cultural más general".

(6) Einaudi (1994) recordará la presentación de un nuevo título para esa serie en el consejo editorial como "... un coloquio con los sabios. Yo escuchaba, sobre todo. Y ¿cuál era mi actuación? Cuando un asesor proponía un libro con gran ardor, por ejemplo Carlo Ginzburg proponía un "Microhistorias", y suponte que participase en el Consejo Editorial Franco Venturi, yo decía: ¿qué opina Venturi? ¿Quieres leer también tú el manuscrito? Si Venturi, que ciertamente tiene un modo de pensar, de concebir la investigación histórica, distinto al de Carlo Ginzburg, si también él aprobaba aquel libro, yo lo consideraba de gran nivel... Si en cambio expresaba reservas serias y fundadas, entonces había que valoralo. Como ocurrió con Braudel, sobre el cual había juicios positivos, pero también un serio juicio negativo de Cantimori. Y el Consejo decidió, en contra de Cantimori". Luego que la editorial Einaudi fuera comprada por Berlusconi Carlo Ginzburg se mudó con sus nuevas obras a Feltrinelli a partir de *Occhiacci di legno*, en la colección *Campi del sapere*.

(7) Levi en "Sobre microhistoria", explica que hay dos "... maneras de leer un contexto social: viéndolo como un lugar que atribuye significado a casos particulares "extraños" o "anómalos", revelando su significado oculto y, consecuentemente, su ajuste a un sistema [la opción de Ginzburg], o descubriendo el contexto social en el que un hecho aparentemente anómalo o carente de significación cobra sentido al revelarse las incoherencias ocultas de un sistema social aparentemente unificado".

(8) Entre los libros y autores entre los que se reconoce deudores se encuentra "los ensayos de Spitzer; la *Mimesis,* de Auerbach; los *Minima Moralia,* de Adorno; la *Psicopatología de la vida cotidiana,* de Freud; *Los reyes taumaturgos,* de Bloch"; libros que leyó entre los 18 y 20 años. También mencionará entre los textos que le fueron importantes al

enfrentarse al problema de la brujería el libro de Ernesto de Martino, *Mondo magico*.

Bibliografía

Barreira, Darío (coord.) (1999), “DOSSIER: La *microhistoria* en la encrucijada”, Revista *Prohistoria,* Año 3, N.°3, Rosario.

Bloch, Marc (1998), *Apología para la historia o el oficio del historiador*, México, Fondo de Cultura Económica.

Burucúa, José Emilio (2003), *Historia, arte, cultura. De Aby Warburg a Carlo Ginzburg*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Chartier, Roger (2002), *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa.

Einaudi, Giulio y Severino Cesari (1994), *Giulio Einaudi en diálogo con Severino Cesari*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik.

Frenk, Margit (2005) *Entre la voz y el silencio. La lectura en tiempos de Cervantes*, México, Fondo de Cultura Económica.

Ginzburg, Carlo (2003), “La latitud, los esclavos, la Biblia: Un experimento de microhistoria”, *Cátedra Latinoamericana Julio Cortázar* [en línea]. Dirección URL: <http://www.jcortazar.udg.mx/sites/default/files/GINZBURG.pdf> [Consulta: 11 de octubre de 2012].

— (2010), *El hilo y las huelas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

— (1994) *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, 3.º edición, Barcelona, Muchnik Editores.

— (1989), *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*, Barcelona, Gedisa.

La Nación, “El hijo de Leone y Natalia Ginzburg”, 18 de agosto del 2007 [en línea]. Dirección URL: <http://www.lanacion.com.ar/nota.asp?nota_id=935476> [Consulta: 11 de octubre de 2012].

Levi, Giovanni y Diego Sempol (1998), “Entrevista”, *Revista Electrónica de la Escuela de Historia de la Universidad de Costa Rica* [en línea]. Dirección URL: <http://historia.fcs.ucr.ac.cr/articulos/e-levi.htm> [Consulta: 11 de octubre de 2012].

Levi, Giovanni (1999), “Sobre microhistoria”, en Peter Burke (ed.), *Formas de hacer Historia*, Madrid, Alianza.

Revel, Jacques (2005), “Microanálisis y construcción de lo social”, en *Un momento historiográfico. Trece ensayos de historia social*, Buenos Aires, Manantial.

Zumthor, Paul (1989), *La letra y la voz de la "literatura" medieval*, Madrid, Cátedra.